

Demofonte

Señoras y Señores:

Me es particularmente grato hacer la presentación de este bello libro, Demofonte, en el que felizmente se unen los nombres de Homero, Antonio Machado, Alfredo Gracia y Adriana Margáin. Hay varias razones para ello: mi devoción a Homero, mi amor a Antonio machado por el don de su poesía, el aprecio a Adriana Margáin por el valor visual y táctil de su obra y la amistad que me une desde antiguo a don Alfredo Gracia.

Esta última es sin duda la razón más importante, ya que mi participación en este acto me da la oportunidad de unirne públicamente a quienes han reconocido en los homenajes a don Alfredo el valor de éste para el desarrollo cultural de Monterrey.

Pocas son, en efecto, las personas que pueden tener en la comunidad regiomontana méritos iguales a los suyos; muy pocas, las que han realizado una obra de ejemplaridad y trascendencia comparable a la realizada por él; y muy pocas también, las que han sabido acompañarla de tanta generosidad y modestia. Se diría que don Alfredo Gracia pertenece a esa clase rara de hombres, de los que naturalmente brotan tales virtudes; cuyo acogimiento se traduce en un sentimiento de confianza y de amistad verdadera, y a los que nimba con luz clarísima su bondad esencial.

Aunque las actividades culturales de don Alfredo comenzaron en la España republicana –antes del éxodo-, llevando a cabo una encomiable labor de maestro, y tuvieron después –ya en México, su segunda patria- una brillante continuación en la ciudad de Tampico, en la que fundó el Grupo Pro Arte, promotor de importantes tareas culturales, ha sido aquí en Monterrey donde su obra ha abierto los más amplios cauces; ha sembrado su mejor semilla y ha rendido los más granados frutos. ¡Cómo ha sido en verdad fecunda su presencia en nuestra ciudad, desde los tiempos de aquella primera Librería Cosmos de la calle de Morelos, hasta los días, aún frescos de Arte y Libros, pasando por la época dorada de la Cosmos de Padre Mier! ¡Cuánto no le debe la cultura de Monterrey a quien,

adivinando los intereses, anticipándose a deseos y necesidades de profesores, alumnos, profesionistas y artistas de Monterrey, supo convertirse, no sólo en sabio proveedor de los bienes e instrumentos intelectuales más valiosos, sino en providencia para los insolventes hambrientos de sabiduría, y supo ser, ante todo, maestro, guía y compañero de la juventud que ha encontrado en su comprensión y apoyo el más eficaz estímulo para abrazar su vocación con la humildad, fidelidad y perseverancia que requieren las obras del espíritu.

Este perfil de maestro es el que, en mi opinión, define mejor la personalidad de don Alfredo, y en el que residen sus más altos méritos.

Es asimismo este perfil el que sobresale en el texto Demofonte que hoy nos ofrece en la hermosa edición de Adriana Margáin; porque más acá de cualquier propósito artístico, la voluntad primordial de don Alfredo ha sido invitar al lector a penetrar con la disposición y el conocimiento adecuados en el poema Olivo del Camino de Antonio Machado. Para este fin, apareja la vía de acceso, condicionando una activa participación en su belleza.

El propio autor me hizo llegar la versión original de su texto. Al final de ella, encontré una nota que a la letra dice: “Como una invitación a la lectura de Olivo del Camino, único poema ‘difícil’ de don Antonio Machado”. Tal dificultad se encuentra justamente en el tema mitológico que constituye el centro del poema: la historia de Demofón de Eleusis, cuya versión primera se contiene en el himno que Homero consagra a Deméter, y cuya trascendencia, por otra parte, estriba en haber sido el fundamento de los “misterios eleusinos”, una de las más importantes religiones de misterios de la antigua Grecia.

Sin que el autor se lo haya propuesto, su Demofonte no sólo allana el camino hacia el poema de Antonio Machado, sino que invita también a la lectura total del himno homérico, de cuyo núcleo el texto de don Alfredo es una inteligente y limpia condensación.

La historia de Demofón –si uno se atiene a lo esencial- se reduce a lo siguiente: Hades (Plutón), dios del mundo subterráneo, ha raptado a Koré (Perséfone), hija de Deméter. Ésta, después de buscarla, incansable y vanamente, por todas partes, llega a Eleusis, en donde, bajo las apariencias de una anciana, es aceptada en el palacio del rey Keleo como nodriza de su hijo, tardío e inesperado, Demofón.

Todas las noches, Deméter pone al niño en el fuego en un proceso de liberarlo totalmente de su naturaleza mortal; pero Metanira, esposa de Keleo y madre de Demofón, la sorprende en estos ritos y, enloquecida, interviene, interrumpiendo el proceso y frustrando la inmortalidad de su hijo. Deméter se revela entonces a los eleusinos en su imagen verdadera, y éstos le construyen un templo. En el ínterin, Zeus logra convencer a Deméter de que regrese al Olimpo y permita que la tierra nuevamente produzca en abundancia, prometiéndole a cambio la vuelta de Perséfone a la superficie de la tierra a unirse con ella. Perséfone, sin embargo, había sido inducida por Plutón a comer en el mundo subterráneo algunas semillas de granada y esto le impide disfrutar por entero de aquella unión, debiendo pasar una tercera parte de cada año en el mundo subterráneo.

El texto de don Alfonso Gracia acaba en el momento en que Deméter revela a los eleusinos su condición divina y aclara su propósito de darle inmortalidad a Demofón. Pero tanto el poema de Machado como el himno de Homero avanzan en la historia. Versos e imágenes de belleza comparable a la de los versos e imágenes de la mejor poesía agraria universal, expresan en el poema de Antonio Machado los momentos en que –siendo ya propicias Deméter y Perséfone- vuelve a la tierra la abundancia.

La madre de la bella Proserpina
trocó en moreno grano,
para el sabroso pan de blanca harina,
aguas de abril y soles de Verano.

Trigales y trigales ha corrido
la rubia diosa de la hoz dorada,
y del campo a las eras del ejido,
con los montes de mies agavillada,
llegaron los huesudos bueyes rojos,
la testa dolorida al yugo atada,

y con la tarde ubérrima en los ojos.

De cegados trigales y alcaceles
hizo el fuego sequizos rastrojales;
en el huerto rezuma el higo mieles,
cuelga la oronda pera en los perales,
hay en las vides rubios moscateles,
y racimos de rosa en los parrales
que festonan la blanca almacería
de los huertos...

Por su parte, el himno homérico nos informa:

Deméter produjo los frutos de los campos fértiles.
y toda la vasta tierra se llenó de hojas y de flores.
Deméter, al partir, instruyó a los reyes que administran la justicia:
Triptólemo y Diokles, domador de caballos,
y Eumolpo, y el jefe de los pueblos, Keleo.
Ella les enseñó las ceremonias sagradas
e instituyó para todos los misterios sagrados.

Hacia finales del siglo VI a. de C. surgió en Grecia la concepción de la agricultura como el fundamento de la vida pacífica y civilizada. Triptólemo, personaje que aparece ya, como hemos visto, en el Himno a Deméter, es su héroe. Un siglo más tarde, en el esplendor del arte clásico, pintores y escultores representarán a Triptólemo, bien en el momento de recibir de manos de Deméter la simbólica espiga de trigo, bien en actitud de partir sobre el carro que le da la propia diosa, portando en sus manos las espigas de la cultura.

Señoras y Señores:

Deliberadamente, he llevado más allá de los límites del Demofonte de don Alfredo Gracia y de los linderos de los poemas de Antonio Machado y de Homero, las referencias al mito griego de Deméter y Perséfone. Me pareció, en efecto, que el mejor final para la presentación de este libro sería dejar en ustedes la imagen de don Alfredo Gracia Vicente portando en su mano la espiga de trigo de Triptólemo.

Monterrey, Junio de 1987.

Alfonso Rubio y Rubio